

# Milagros de la pintura boliviana

## ALBERTO MEDINA M.



Alberto Medina o el esplendor humano del silencio

En algún lugar leí -acaso en una de esas tarjetas postales de paisaje con leyenda- que existen dos silencios. El primero cuando callamos; el segundo cuando hablamos y no llegamos. Del primero somos los señores pero del segundo los esclavos. Y ésta es la doble respuesta a la que nos reta la obra pictórica, el arte de Alberto Medina: ante ella se nos impone un doble silencio, cualquiera de los dos, el prudente, que prefiere escuchar el susurro de los colores y formas, o el mismo conmovedor de quien enmudece cuando quiere expresar y no llega. Esta sensación nace, sin duda, del contagio que emanan las tres constantes que ofrece la pintura del boliviano Alberto Medina.

El hombre andino, el indio moreno exparto en quebrantos que, viviendo en el altiplano boliviano, se sumerge cada mañana en la mina. He ahí su tema impasible. Irónica paradoja ésta: el hijo de los incas, el habitante del techo del mundo, allí donde los hombres estrechaban la mano a los dioses, hoy desciende cada día para arrancar las entrañas a la tierra. Este motivo vertebrador de su obra se halla lejos de un costumbrismo descriptivo que se conforme con relatar la tragedia cotidiana del túnel y la galería del minero o de su familia. No, ello reduciría su pintura a una queja social. El indio minero de la obra de Medina muestra más el alma que el cuerpo. Por eso aparece callado, mirándonos. Rostro y manos tan desesperados como impertérritos.

La elocuente mudéz de sus personajes, el hombre, la mujer y los niños andinos, es la segunda constante de todos sus cuadros. Los Indios mineros de Medina nos hablan. Estáticos, se alzan, caminan o reposan como estatuas de dioses. Rostros afilados, inquebrantables y doblegados a un tiempo, expresan la grandeza de la raza de Huascar y Atahualpa. Hoy son esclavos, pero ni occidental tras cinco siglos de continuada colonización logra arrebatarnos su esplendor y señorío. Ante la humilde mujer del minero cargando en sus espaldas hijos y destino, el dominador occidental (de Europa o de América Latina) se siente dominado. Acaso por esta razón, el pintor recurre a formas cubistas, que se aproximan a los hieráticos rostros de representaciones incas. Esta es su tercera consonante. No en vano, Alberto ha sido definido como un pintor ancestralista. El sereno esplendor de los antiguos dioses del imperio del sol nos observa impertérrito y dolorido a la vez. En la pintura de Medina, mucho brota de ancestral y noble en el minero, y mucho de tragedias y clamor en el gesto solemne y trágico del Inca antiguo que sigue mirando, escéptico, el destino de su pueblo. Y en su noble mirada una pregunta.

Javier Velasco Yeregul  
(Universidad de la Rioja - España).



«La humanidad de la tierra». Mixta sobre lienzo



«Paternidad minera» Mixta sobre lienzo



«Minera en reposo» Mixta